

Must All Christmases Be White?

By Patricia Duarte

A few years ago, in a Key West shop for tourists, I bought the most extraordinary Christmas card: a line-drawing of three crooked palm trees connected by one ragged strand of festive light bulbs. It was a defiant, jaunty message about Christmas in warm weather (look ma, no snow!).

I kept that card because in its own, tropical manner, it manages to capture the joy of the season. Key West is only 90 miles away from my native Cuba, and the card somehow reminded me of long-ago *Nochebuenas* in Havana, when swarms of friends and relatives gathered to celebrate in my house and we children were allowed to stay up until all hours.

Nochebuena in old Havana. Guitar sing-alongs. Spanish nougat. The aroma of roast suckling and moros. *El Son de la Loma* blaring from the record player while grownups taught kids to dance. Doors flung wide open and neighbors rushing in and out with gift bottles of rum -- and suddenly, at the stroke of midnight, assuming pious stances to attend Mass.

Back then, Christmas felt real despite the lack of snow. But it

seems that when you come to this country, you learn that Christmas must be "white" to be authentic. Even those of us who live in warm places -- Texas, Florida, California, Arizona -- assimilate this message early on.

Throughout the United States, children grow up seeing cotton snow on storefront displays, spray-can snow on neighborhood windows, glitter snow on cards. In Miami, where I grew up, children are sometimes even treated to mounds of man-made snow, fabricated in freezers and dumped by the truckload on the scorched grass surfaces of sub-tropical playgrounds.

Many who have never laid eyes on the real thing feel kind of cheated during the holidays, as though something really wonderful were missing from the picture.

Those of us who live in cold climates and have already been through a few blizzards should know better. But alas, sometimes we don't. As I write this in New York, where I'm living now, people actually lament that they haven't seen any signs of snow yet.

Strangely, the first time I witnessed anything like snow was

in Miami, on one of those rare mornings when temperatures dipped and a thin coat of frost covered the lawns for about five minutes before melting under the Florida sun. I was totally thrilled by the sight.

Years later, having endured several tough winters in New York, I'm still fascinated by the stuff. I love to see it fall. I like to go walking in it.

I seldom remember that soon enough, it will harden into slippery ice on urban sidewalks, or that city fumes and traffic will quickly turn it into an ugly gray mush.

None of that matters, because if only for a few minutes, I can enjoy living inside a lively Yankee postcard. Shame on me.

Admittedly, it's hard for most Latinos not to be seduced by somebody else's idea of Christmas, the Norman Rockwell/Robert Frost perspective that suggests the season is only for people who wear Scotch plaid and live in cold weather, inside log cabins within pine forests blanketed in white. It's hard not to long for fireplaces, lap robes and rides on horse-drawn sleighs around this time of the year.

We Latinos sometimes forget

how beautiful our own Christmas traditions are: the *posada* processions in Mexico which commemorate the night Mary and Joseph sought shelter in Nazareth, the *asaltos* in Puerto Rico when groups of neighbors go serenading and visiting from house to house, the celebration of the coming of the Tree Kings throughout Latin America, the widespread custom of attending *La Misa Del Gallo* (midnight Mass), which brings home the religious significance of the occasion as a spiritual anchor to all of the festivities.

We sometimes forget that we do know how to make Christmas our own. That for us, it's OK to celebrate without snow, or fireplaces, or even Santa Claus. That it's OK to turn our backs on all the Norman Rockwell hype.

I, for one, remember how it was done, so many years ago, in old Havana. And if I ever start to forget it, I think I'll just frame and hang that brave little postcard I bought a few years ago in Key West.

(Patricia Duarte is a New York-based media consultant and the founding editor of *Latina Magazine*.)
Copyright 1998, Hispanic Link News Service. Distributed by the Los Angeles Times Syndicate

¿Deben Ser Blancas Todas Nuestras Navidades?

Por Patricia Duarte

Hace pocos años, en una tienda de Cayo Hueso para turistas, compré la tarjeta de Navidad más extraordinaria: Un dibujo lineal de tres palmas torcidas conectadas por una tira gastada de bombillos festivos. Era un mensaje desafiante y elegante sobre la Navidad en el clima cálido (¡mira, mamá, no hay nieve!).

Guardé esa tarjeta porque a su manera propia y tropical, se las arregló para captar el gozo de la temporada.

Cayo Hueso está a sólo 90 millas de distancia de mi Cuba natal, y la tarjeta me recordó de algún modo de las *Nochebuenas* de hace mucho tiempo en La Habana, cuando enjambres de amigos y parientes se reunían para celebrar en mi casa, y a nosotros, los niños, se nos permitía continuar despiertos hasta las tantas de la noche.

La *Nochebuena* en la Habana Vieja. Cantos acompañados por guitarras, truneros españoles. El aroma de los lechoncitos asándose y de los "moros con cristianos". El *Son de la Loma* (una tonada oriental popularizada por sus autores, el Trío Matamoros) sonando en el tocadiscos, mientras los adultos enseñaban a los niños a bailar. Las puertas abiertas de par en par y los vecinos entrando y saliendo con regalos de botellas de ron -- y de pronto, al toque de la medianoche, adoptando posturas piadosas para asistir a la "Misa del Gallo".

Entonces, la Navidad se sentía real a pesar de la falta de nieve. Pero parece que, cuando uno viene a este país, se aprende que la Navidad debe ser "blanca" para que sea auténtica. Aún aquellos de nosotros que vivimos en lugares cálidos -- Texas, la Florida, California o Arizona -- asimilamos este mensaje muy temprano.

Por todos los Estados Unidos, los niños crecen viendo nieve de algodón en las vitrinas de las tiendas, nieve rociada de lata en las ventanas de las vecindades, nieve brillante en las tarjetas de felicitación. En Miami, donde me crié, a veces hasta se regala a los niños con montones de nieve artificial, fabricada en congeladores y vertida por camionadas sobre las superficies de la hierba escaldada de los campos de juegos sub-tropicales.

Muchos que nunca han puesto sus ojos sobre la nieve real se sienten casi engañados durante los días festivos, como si algo verdaderamente maravilloso estuviera ausente del cuadro.

Aquellos de nosotros que vivimos en climas fríos y que ya hemos atravesado unas cuantas tormentas de nieve deberíamos saber algo mejor. Pero, ¡caramba! algunas veces no es así. Mientras escribo esto en Nueva York, donde actualmente vivo, la gente se lamenta realmente de no haber visto ninguna señal de nieve hasta ahora.

Extrañamente, la primera vez que presencié algo parecido a la nieve fué en Miami, en una de esas raras mañanas en que la temperatura bajó y una capa delgada de escarcha cubrió los jardines durante cinco minutos antes de derretirse bajo el sol de la Florida. Me sentí totalmente sorprendida por aquello.

Años después, aún habiendo soportado varios inviernos duros en Nueva York, todavía me siento fascinada por la nieve. Me encanta verla caer. Me gusta salir a caminar sobre ella.

Pocas veces recuerdo que poco después se endurecerá para convertirse en hielo resbaladizo en las aceras de la ciudad, o que la ciudad humea y el tránsito la convertirá rápidamente en una papilla gris fea.

Nada de eso importa, porque aún cuando fuera sólo por unos minutos, puedo disfrutar de vivir dentro de una tarjeta postal yanqui animada. ¡Vergüenza para mí!

Se reconoce que es difícil para la mayoría de los latinos el dejar de ser seducidos por la idea de otra persona sobre la Navidad, la perspectiva de Norman Rockwell y Robert Frost que sugiere que la estación es solamente para personas que llevan trajes escoceses y viven en el clima frío, dentro de cabañas hechas con troncos situadas en bosques de pinos cubiertos de nieve blanca. Es difícil no extrañar las chimeneas, las mantas de regazo y los paseos en trineos tirados por caballos, por esta época del año.


Nosotros los latinos olvidamos algunas veces cuán bellas son nuestras tradiciones de Navidad: Las procesiones de las *posadas* en México y la América Central, que conmemoran la noche en que la Virgen María y San José procuraban albergue en Nazaret, los *asaltos* en Puerto Rico, en que grupos de vecinos van de casa en casa dando serenatas y visitando, la festividad de la llegada de los Tres Reyes por toda la América Latina, la costumbre muy extendida de asistir a *La Misa del Gallo* (a la medianoche), que recalca la importancia religiosa de la ocasión como un ancla espiritual para todas las festividades.

Algunas veces olvidamos que sabemos cómo hacer que la Navidad sea nuestra. Que para nosotros está bien el celebrar sin nieve, ni chimeneas, y hasta sin Santa Claus. Que está bien el dar la espalda a toda la excitación de Norman Rockwell.

En cuanto a mí, recuerdo cómo se hacía, muchos años atrás, en la Habana Vieja. Y si alguna vez empiezo a olvidarlo, creo que pondré en un marco y colgaré de la pared a aquella tarjeta postal valerosa que compré hace algunos años en Cayo Hueso.

(Patricia Duarte es consultora de los medios informativos con sede en Nueva York y editora-fundadora de la revista *Latina*.)

Propiedad literaria registrada por Hispanic Link News Service en 1998. Distribuido por The Los Angeles Times Syndicate



Holiday Casino Night

Saturday Dec. 12, 7-10 pm

R-33 Saloon--MLK & 3rd St.

Play for Fun and Prizes

Proceeds to Benefit Lubbock Centro Aztlan

No Creo En



Pancho Clos

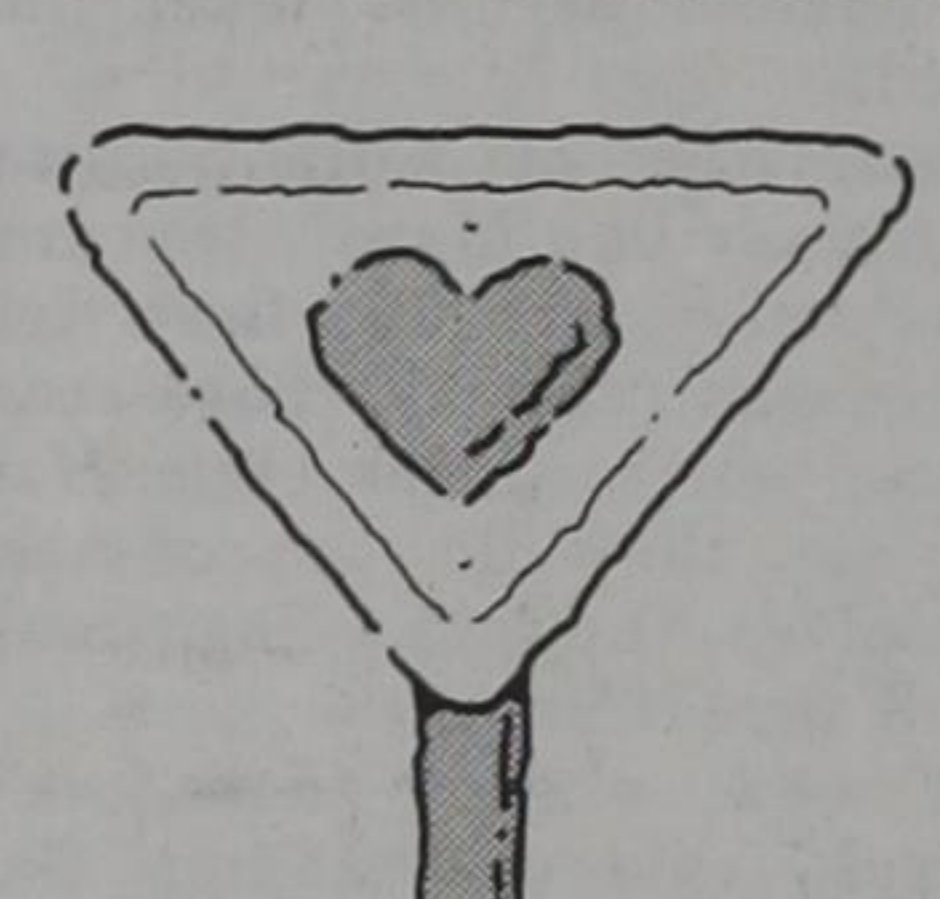
El y Santa son primos. Pancho teine burritos envez de venados y no dice ho, ho, ho pero grita *A-¡ua!*

Feliz Navidad

Order Your Pancho Clos Sweat Shirt, Long Sleeve or T-Shirt Today

Call 763-3841

OBSERVE THE WARNING SIGNS.



If you have chest pain lasting two minutes or more, see a doctor.

American Heart Association

© 1992, American Heart Association

EL EDITOR

CHRISTMAS EDITION

Wish Your Customers and Friends a Feliz Navidad

In Our Special Edition

Dec. 23 Call Today to Advertise -- 763-3841